

Nicolás GRIMALDI, *Breve tratado del desencanto*, trad. José Montelongo, México: Los libros de Homero 2007, 93 pp.

La imaginación, el deseo, y un principio de sabiduría

Acaso ningún saber se encuentra mejor difundido que éste: la realidad siempre es decepcionante. Aquello que nuestra imaginación vislumbra del futuro anhelado y que prometía la felicidad no parece ya ni tan deseable ni tan feliz en cuanto se vuelve presente. Esto inquieta a Nicolás Grimaldi, profesor emérito de La Sorbona e, indudablemente, filósofo.

Este *Breve tratado del desencanto* hace que uno se pregunte si la desilusión es lo único que el futuro nos depara. Y es que, como se señala en el texto, no podemos dejar de esperar: la propia conciencia tiene la forma de la espera, de modo que, cuando no hay nada que esperar, es el tedio lo que nos ahoga. ¿Habrá que decir, pues, parafraseando a Schopenhauer, que oscilamos entre el desencanto y el tedio? Si el futuro imaginado, al devenir un presente real, parece perder su encanto, ello podría hacernos pensar que, en efecto, lo imaginario es más rico que lo real. Pero Grimaldi hace ver que no es así, que lo real es inagotable y lo imaginado depende de lo real (no podemos imaginar nada que no provenga de lo que hayamos vivido antes). Así, la respuesta debe buscarse en la naturaleza del mismo deseo. Hay en ella una contradicción, en efecto, pero no la consistente en que el deseo tienda a su propia aniquilación, sino aquella por la que siempre se desea lo que no puede agotar nunca el deseo. De esta manera, la satisfacción de un deseo en particular no equivaldría a su aniquilación, sino más bien a su prolongación: «desear — dice Grimaldi — es siempre desear lo imposible» (p. 87).

Así, la esencia de la vida es la tendecia, y la de ésta es la inquietud, por lo que Grimaldi no piensa que se deba renunciar al deseo, como lo hacía Schopenhauer, para encontrar la única posible felicidad, a saber, la ausencia de dolor. Nuestro autor encuentra que

nos hallamos empeñados por lo regular en escapar por la rendija cuando la puerta está completamente abierta. Es en lo que no pudimos imaginar donde encontramos esa plenitud de lo real que se pierde con la anticipación. Pero lo inimaginable, lo sorprendente, es infinitamente más que lo que el más imaginativo sea capaz de imaginar.

Así, en el texto Grimaldi nos obsequia, tomándonos por sorpresa, lo que él llama «algunos rudimentos de sabiduría»: en lugar de festejar anticipadamente el advenimiento de lo que imaginamos, podríamos regocijarnos de aquello que fuimos incapaces de imaginar y que, por ende, no esperábamos: «casi todo sería una sorpresa para quien, esperando siempre, sin embargo no esperara nada. Entonces acogeríamos y celebraríamos como una munificencia la gloria de cada instante» (p. 93). Esperar, pues, lo inesperado, como sugería Heráclito, si se quiere ver en lo real un regalo encantador por sorprendente, o esperar lo que se ha imaginado, y no ver en el advenimiento de lo real sino la ausencia de lo que, no habiendo tenido nunca, se ha perdido ya. Tal es el principio de sabiduría con el que se cierra el libro.

Ahora bien, más allá del texto de Grimaldi, es posible pensar en el condenado a muerte que anticipa con minucioso tormento su encuentro con el verdugo o la hoguera. En efecto, él también espera, y acaso la tortura real no sea tampoco como su imaginación anunciaba. Si la anticipación del futuro deseado nos depara desencanto, ¿entonces qué nos traerá la previsión de un futuro no deseado? ¿Una especie de felicidad opuesta a la tristeza de la decepción? Es claro que aquí no cabe hablar de desencanto (tema del ensayo del que aquí se trata), pero sí quizás de su opuesto, que podría ser el tema de un ensayo paralelo al de Grimaldi. Y es que, si la conclusión del *Breve tratado del desencanto* es que lo sabio es no dar rienda suelta a la imaginación, al menos en el territorio que contiene lo que se desea (de forma que la realidad pueda sorprendernos y tener su propio encanto), la conclusión, en cambio, de este otro ensayo que imaginamos apenas, sería en efecto que, al menos en lo que se refiere a lo que no deseamos, o mejor dicho, deseamos que no ocurra, lo más sabio es la espera, es decir, el pesimismo (de forma que la realidad no nos sorprenda y pierda así lo

que la haría insoportable). A su vez, un lector que tuviera a la vista ambos ensayos tendría que llegar, al modo en el que el propio Grimaldi lo hace, al planteamiento de una paradoja: lo mejor es no esperar lo mejor, y esperar lo peor, pues así la realidad parece mejor de lo que, de otra forma, parecería.

Jorge Alfonso Chávez Gallo
Departamento de Filosofía
Universidad Autónoma de Aguascalientes